

C 20/3/49

PUERTAS

Entre los gentes del mundo
 escóje el que das las puertas.
 En la luz yo las he visto
 o selladas o entreabiertas
 y volviendo sus espaldas
 del color de la vulpeja.
 ¿Por qué fui que las hicieras
 para ser mis prisioneras
 y por qué a un leñador
 le dan sus llaves mortales?

Del gran fruto de la casa
 son la escara averiada.
 El fuego amigo que roe
 a la ruta no lo presta.
 Canto que adentro cantamos
 la infocosa sus maderas
 y a su dicho se convierten
 como la granada abierta:
 ¡Sóloas llenas de polvo,
 nunca moras, nacidas viejas!

Parocen tristes molinos
 sin marea y sin arena.
 Parocen, en lo estérilo,
 la caba de la tormenta.
 A las sayas ventuales
 de la Muerte se asemejan
 y yo entiendo las abro
 como la caña que tiembla.

"¡!" dicen a las mañanas
 aunque las bañen, las lloran.
 Dicen "¡no!" al viento marino
 que en su frente palmea
 y al olor de pino nuevo
 que se viene por la Sierra.
 Y lo mismo que Casandra,
 no salvaré aunque bien sepan:
 el destino que me dió,
 el también pasó mi puerta.

Cuando golpeo me vuelvo
 igual que la vez primera.

El ojo diestel da lucas
 como la espada despierta
 y sus batientes rebeldes
 escapados gacelas.
 Entre como quien levanta
 paño de cara encubierta,
 sin saber lo que me tiene
 ni tanto de angosta almendra
 y sin saber si me espera
 mi salvación o mi pérdida.

Ya quiero irme y perder
 el soberbio de la Tierra,
 el horizonte que acaba
 como un ciervo, de tristora,
 y las puertas de los hombres
 selladas como cierronas.
 Por no volver en la mano
 sus llaves de agujas muertas
 y no ceder más el cristal
 que penique mi carrera.

Voy a cruzar sin pedir
 la última vez por ellas
 y a alejarme tan gloriosa
 como la esclava libre
 siguiendo el cardenero vivo
 de mis muertes que me llevan.
 No estarán allí rayados
 por cubo y cubo de puertas
 ni olvidados por dos manos
 como el herido en sus vendas.

Vendrán a mí sin embargo,
 avocados de luz eterna.
 Cantaremos a mitad
 de los cielos y la tierra.
 Con el canto apasionado
 heriremos puerta y puerta
 y saltará de ellas los hombres
 como niños que despiertan
 al ver que se descajan
 y que van cayendo muertos.

Gabriela Mistral

(Para LA NACION) — PETROPOLE, mayo de 1948

PUERTAS

Entre los gentes del mundo
 escóje el que das las puertas.
 En la luz yo las he visto
 o selladas o entreabiertas
 y volviendo sus espaldas
 del color de la vulpeja.
 ¿Por qué fui que las hicieras
 para ser mis prisioneras
 y por qué a un leñador
 le dan sus llaves mortales?

Del gran fruto de la casa
 son la escara averiada.
 El fuego amigo que roe
 a la ruta no lo presta.
 Canto que adentro cantamos
 lo infocosa sus maderas
 y a su dicho se convierten
 como la granada abierta:
 ¡Sóloas llenas de polvo,
 nunca moras, nacidas viejas!

Parocen tristes molinos
 sin marea y sin arena.
 Parocen, en lo estérilo,
 la caba de la tormenta.
 A las sayas ventuales
 de la Muerte se asemejan
 y yo entiendo las abro
 como la caña que tiembla.

"¡!" dicen a las mañanas
 aunque las bañen, las lloran.
 Dicen "¡no!" al viento marino
 que en su frente palmea
 y al olor de pino nuevo
 que se viene por la Sierra.
 Y lo mismo que Casandra,
 no salvaré aunque bien sepan:
 el destino que me dió,
 el también pasó mi puerta.

Cuando golpeo me vuelvo
 igual que la vez primera.

El ojo diestel da lucas
 como la espada despierta
 y sus batientes rebeldes
 escapados gacelas.
 Entre como quien levanta
 paño de cara encubierta,
 sin saber lo que me tiene
 ni tanto de angosta almendra
 y sin saber si me espera
 mi salvación o mi pérdida.

Ya quiero irme y perder
 el soberbio de la Tierra,
 el horizonte que acaba
 como un ciervo, de tristora,
 y las puertas de los hombres
 selladas como cierronas.
 Por no volver en la mano
 sus llaves de agujas muertas
 y no ceder más el cristal
 que penique mi carrera.

Voy a cruzar sin pedir
 la última vez por ellas
 y a alejarme tan gloriosa
 como la esclava libre
 siguiendo el cardenero vivo
 de mis muertes que me llevan.
 No estarán allí rayados
 por cubo y cubo de puertas
 ni olvidados por dos manos
 como el herido en sus vendas.

Vendrán a mí sin embargo,
 avocados de luz eterna.
 Cantaremos a mitad
 de los cielos y la tierra.
 Con el canto apasionado
 heriremos puerta y puerta
 y saltará de ellas los hombres
 como niños que despiertan
 al ver que se descajan
 y que van cayendo muertos.

Gabriela Mistral

(Para LA NACION) — PETROPOLE, mayo de 1948

Puertas [manuscrito] Gabriela Mistral.

Libros y documentos

AUTORÍA

Mistral, Gabriela, 1889-1957

FORMATO

Manuscrito

DATOS DE PUBLICACIÓN

Puertas [manuscrito] Gabriela Mistral. 1 h. ; 33 cm.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile